



O N M A H

**OTTO NIEMEYER-HOLSTEIN**  
**REPÚBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA**  
**PINTOR**









**REPÚBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA**



Otto-Niemeyer-Holstein

Nacido el 11 de mayo de 1896 en Kiel.

En 1918, estimulado por el escritor Werner von der Schulenburg, comenzó a desarrollar su talento pictórico.

En el círculo de Arte Ascona-Tessin (Suiza) conoció, entre otros, a Artur Segal del cual recibió las primeras lecciones de pintura. En 1924 estudió un corto tiempo en la Academia Kassel con el profesor Witte.

Agrega a su apellido paterno el de su país natal, Landschaft Holstein. 1926-1936 se traslada a Berlín. Estudia temporalmente con Willi Jaeckel y de nuevo con Artur Segal.

Participa en exposiciones en Alemania e Italia.

En 1933 se establece en la isla de Usedom (entre Tempin y Koserow), vive retirado en Lüttenort hasta 1945.

A partir de 1945 vuelve a participar en exposiciones colectivas y propias en Alemania y en el extranjero: Londres, Helsinki, Estocolmo, Moscú, Praga, Varsovia, El Cairo, Damasco, Ciudad del Cabo, Nueva Dehli, Rio de Janeiro, Copenhague, Rumania, Hungría, Bulgaria, El Cairo, Noruega, París.

Viajes de estudio: a Italia, Suiza, España, Holanda, Bélgica, Dinamarca, Rumania, Bulgaria, Hungría, URSS. Navega a China y Francia.

A partir de 1958 se dedica a la técnica gráfica.

Produce grabados en madera, litografías y aguafuertes.

En 1961, con motivo de su 65 aniversario es presentada una exposición del conjunto de su obra en la Galería Nacional de Berlín.

En 1964 es nombrado profesor por el ministro de Cultura de la República Democrática Alemana.

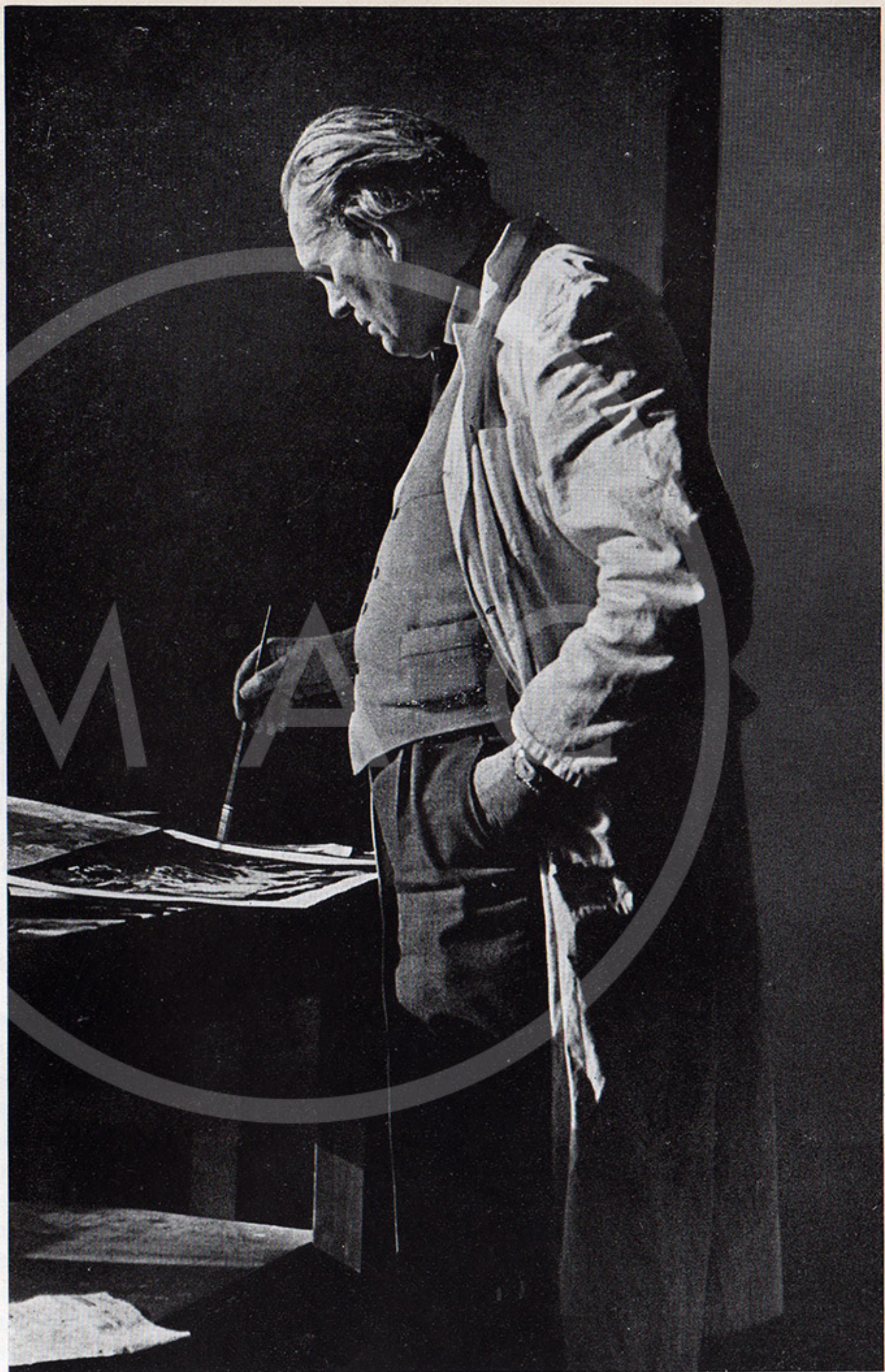
En 1965 funge como presidente del Comité internacional de la Bienal de los países bálticos.

En 1966, amplia exposición con motivo de su 70 aniversario, en la Kunsthalle de Rostock.

Obras de Otto Neimeyer-Holstein se encuentran en muchos museos alemanes: Galería Nacional de Berlín, Colecciones estatales de Arte de Dresde, Galería Estatal Moritzburg de Halle, Museo Anger de Erfurt, Galería de Arte joven de Francfort del Oder, Museo Nacional de Schwerin, Kunsthalle de Rostock, Museo de la ciudad de Stralsund y otros en la República Democrática Alemana.

Además, en la Kunsthalle de Mannheim, en el Museo Lehmbruck de Duisburgo, en el Museo Folkwang de Essen, en el Museo Roselius de Bremen, en el Museo regional de Kiel, en la Galería municipal Schloss Oberhausen.







En las exposiciones de pintura de la República Democrática Alemana en Berlín, Dresde o incluso en el extranjero, los cuadros de Otto Niemeyer-Holstein son rápidamente reconocibles. Su pintura tiene características inconfundibles: los colores están raramente asentados en áreas, lo están más bien en forma de rayitas y topes. El artista recurre a una forma de pintura que en la segunda mitad del siglo XIX se repandió sobre todo en Francia después que el paisajista inglés Constable y más tarde Eugène Delacroix hubieron empezado a descomponer los tonos en pequeñas partículas de color. "El color brilla como un río bajo una granizada" dijo un contemporáneo de Delacroix. Esta manera de pintar que los franceses llamaron "hachure", y que tomaría las más variadas formas posteriormente, se difundió rápidamente por entonces.

Algunas de aquellas particularidades encuentran hoy su prolongación en los cuadros de Otto Niemeyer-Holstein. Nunca pudo tomar como modelo esta o aquella pintura — estuvo siempre ocupado con la suya propia —; escogió más bien toda una gama de propios medios creativos, a la tendencia interior de su arte. Comparándolo con los maestros franceses la diferencia salta a la vista. Su pintura es más bien fría, no surge preponderantemente del color. Niemeyer articula los elementos pictóricos en un sentido que hace pensar en el dibujo. En los últimos cien años el dibujo y la pintura se han ido acercando mutuamente dando origen a novedosas combinaciones. Muchos artistas han tratado de aprovechar en la pintura las particularidades del dibujo, principalmente la energía de las líneas. "Dibujar con el pincel", como dijo van Gogh, confería a la pintura una mayor intensidad. Contrariamente a una pintura que tendía a lo definitivo, a lo objetivado (sirviendo los proyectos, los estudios y los diseños como medios de preparación), se introdujo en el cuadro el dibujo,

con las características del grafismo, de lo provisorio y abreviado. En las obras de Niemeyer encontramos también una concepción en la cual el color no absorbe los elementos del dibujo para convertirlos en valores tonales y pictóricos, como es el caso en el proceso corriente de proyección y ejecución, sino que la pintura permanece en el dominio de un principio básico del dibujo.

Sin embargo, las formas están ubicadas dentro de una combinación tan personal de los colores que adquieren una determinada tensión interna. Aquí, en el color y por el color, la expresión se orienta parcialmente hacia lo onírico y lo raro. Los tonos que el pintor encuentra son en un comienzo la reproducción de lo observado, los lee en el libro de la naturaleza. Pero sigue tratándolos, hasta convertirlos en combinaciones poéticas. Los colores parecen cobrar una especie de fuerza luminosa interna, resplandesen sobriamente, desbordan siempre un tanto el andamio de las formas, se tocan con suavidad, sin asperezas. En algunos cuadros resplandecen debilmente uno al lado del otro. En otros se hacen más claros, invierten frecuentemente con rigor los planos anterior y posterior del motivo: lo lejano tiende a acercarse al ojo de quien contempla, lo cercano tiende a alejarse. Casi siempre se produce el efecto de lo flotante. Todos sus tonos poseen rasgos nobles. Y gracias a un gran dominio de la pintura logra establecer un sereno equilibrio. Niemeyer-Holstein no cree mucho en un arte especulativo, en un arte que no tenga por base la percepción; es realista, "más de lo que la gente cree". Ahora bien, sobre las costas del Mar Báltico no pocas veces las nubes planean muy bajo y los pobladores tienen fama de ser gentes graves, de reservado carácter. Humedad, pastos otoñales, tormentas y la brevedad del verano son sólo medias verdades del paisaje isleño. Este ambiente desgarrado, que tiende a la melancolía, encuentra ciertamente su expresión en



las obras del pintor. Tal vez sean los cuadros de ese estilo incluso los más impresionantes. Pero lo que ofrece el paisaje es algo más tenso, en él también "la luz y la sombra mantienen un intercambio melódico y dulce". El pintor no cree que el mundo sea una incógnita que requiere solución, un problema que exige otras decisiones que aquellas que le dicta el ojo. Sabe, es cierto, que la pintura es sólo una de las tantas posibilidades de abordar el objeto al cual se enfrenta, pero él conoce suficientemente sus fuerzas y sus debilidades como para persistir en su obra. Contrastando claramente con las obras de su primera época, la expresión de las actuales es mucho más rica en matices. El reflejo del mundo exterior no desborda el dominio de la normal percepción humana. Ellas tienen, sin embargo, una atmósfera básica que es la que más atrae al artista y la que él logra representar mejor. Desde ella hace incursiones en lo lejano, lo distante, que ella también afecta. La manera más fácil de definir esa atmósfera es hacerlo en términos meteorológicos: día muy claro de cielo debilmente cubierto, luz difusa pero fuerte y casi sin sombras, generalmente al mediodía. En esa atmósfera pictórica que Niemeyer-Holstein llama "tiempo de pintura al fresco" los objetos se van integrando sumisamente en un tejido de fenómenos naturales.

Pero de hecho lo que llevó al artista hacia lo claro no fue solamente el placer de la retina por un "éter sonriente", sino una corrección en la concepción que áquel tenía de la naturaleza, que ahora es más profunda. Niemeyer-Holstein buscaba antes, no pocas veces, los motivos de sus cuadros en los objetos desprendidos del proceso vital: árboles mutilados, peces muertos, lanchas abandonadas, etc. También los paisajes, las flores, las frutas tenían un aire mortecino, sin vida en parte. Hoy, el pintor ve las cosas de otra manera. Toma las cosas como organismos, como lo más transformable. El sol no es sólo una fuerza

limunosa, sino la más vivificante e influyente de todas. Una vida exuberante responde a la luz que cae. Tal es el ambiente que él reproduce en sus cuadros. La vegetación del medio ambiente nativo, la atmósfera del jardín hogareño ocupan así el centro de sus obras.

Niemeyer-Holstein vive en la parte más estrecha de la isla de Usedom (RDA), situada en el Mar Báltico, entre las aguas interiores con las cuales limita directamente su propiedad, y el mar abierto que queda sólo a algunos metros de distancia. Cuando Niemeyer-Holstein pinta al mar, no hace sino tratar un tema que le es muy familiar. Sabe perfectamente bien lo difícil que es reproducir en un cuadro la inconmensurable inmensidad del agua, sin caer en lo idílico. Muchos artistas perciben esa resplandeciente vastedad tan sólo con los ojos del veraneante; no ven sino la vida en la playa y el deporte acuático.

Niemeyer-Holstein evita la vida agitada del verano que, desde mayo hasta octubre, se desenvuelve no muy lejos de su propiedad. "Recién en el otoño", suele decir, "cuando las primeras mareas se han llevado todo, la playa vuelve a ser mía". Luego empieza el gran combate contra la imposibilidad de representar con maestría aquello que se extiende ilimitadamente. Y los cuadros que trae a su casa, dejando atrás los ciento cincuenta metros que la separan de la orilla, muestran el mar no desde un ángulo que se quiere serio, no como al "rey de la melancolía" — tales subjetivismos le son ahora extraños —, sino desde un ángulo muy diferente al del veraneante, que él conoce como viejo marino que desde hace treinta años lleva un permiso de navegación en el bolsillo.

Un cerrado conjunto de impresiones aparentemente contradictorias conforman las vistas de la playa helada. Surgieron en los meses de invierno entre los años 1950 y 1965, pintó hasta que sus manos cada vez más sen-



sibles al frío ya no le permitieron trabajar en el helado invierno o solamente por corto tiempo. En esos cuadros Niemeyer-Holstein logró plasmar con mucho brío una situación elemental: la integración del agua, la tierra y el hielo. Muy pocos pintores (que se hayan dejado intimidar anticipadamente por los estragos del trabajo en el mar helado) han logrado obtener versiones tan convincentes. En un comienzo pintó sobre todo la apoteosis de lo rígido, de la naturaleza etinta, más tarde se impuso una observación más aguda y penetrante. El artista ve, incluso aquí, en lo extremadamente inhóspito, la obra del universal "nacer y morir".

Los cuadros generalmente están llenos hasta el margen de las cosas del acontecer. Son raras las partes estáticas. En los paisajes la línea del horizonte está bastante alta de tal modo que el espacio queda ocupado por las cosas terrestres. Las cosas se encuentran bajo un denominador común. Sin embargo, no las une fundamentalmente el vínculo de lo atmosférico, como en el impresionismo. El paisaje no es tampoco el escenario del destino como en los espacios naturales de los viejos maestros. La meta de Niemeyer-Holstein está objetivamente circunscrita al objeto. Lo que él busca es el gesto apropiado, la unidad de relaciones entre la forma, el color y la estructura de un motivo. En la situación que caracteriza a la civilización actual, en la cual el hombre no sólo regula y transforma su medio ambiente natural según sus necesidades, sino que se incorpora cada vez más a una segunda naturaleza artificial creada por él mismo, adquiere esa actitud, automáticamente, un carácter casi pedagógico. Hoy los pintores ya no necesitan indicar expresamente que un bosque o un lago ofrecen una vista agradable: la ocasional "evasión hacia la naturaleza" es un hábito ya arraigado en el hombre de la ciudad, y ello tanto más cuanto más éste se aleja de ella. Sin embargo, los cuadros de Niemeyer-Holstein

tienen poco en común con las alegrías que deparan a los amigos de los paseos los paisajes y perspectivas que caracterizan la pintura paisajista en los siglos pasados. Lo que antes se consideraba como digno de ser observado y pintado, era sobre todo lo extraordinario y lo famoso. Surgió la rara categoría de lo pintoresco que interpretaba los fenómenos como en una obra de teatro. El paisaje tiende durante mucho tiempo a la representación de la felicidad en la intimidad, al idilio. En los tiempos modernos se libera totalmente de tales representaciones, que se han convertido en campo de acción del fugaz ojo de la cámara fotográfica. No hace mucho volvieron a surgir lo misterioso y lo amenazante. Pero en general, las cambiantes relaciones del hombre con la naturaleza, que se objetivan en la pintura paisajista y han sido siempre el principal objeto de ella, condujeron de una comprensión preponderantemente contemplativa a una comprensión estética de lo que crece y surge, y ello en la medida en el hombre, por su actividad práctica, más se desvincula de esa esfera. Por eso el pintor de nuestros días se encuentra en una situación diferente. Las pinturas de Niemeyer-Holstein forman parte de aquellos siempre actuales intentos de interpretar de un modo nuevo la naturaleza. Sus cuadros con motivos de mar o de un jardín, las naturalezas muertas y en determinado sentido también sus desnudos y retratos, abren los ojos, pero hacia una comprensión de las cosas que corresponde más a las necesidades de la vida presente. Lo que sus cuadros muestran en última instancia es la unidad terrestre. Su tema es la sobria y siempre fascinante coexistencia poética, alterna, de lo orgánico y lo inorgánico, de la vegetación, el agua y el cielo, de lo creado por el hombre y aquello formado por la naturaleza. En tales modelos artísticos se expresa una relación más suelta, menos romántica del hombre con la naturaleza desmistificada.





RETRATO DE LA SRA. F.









**PEDREGAL**





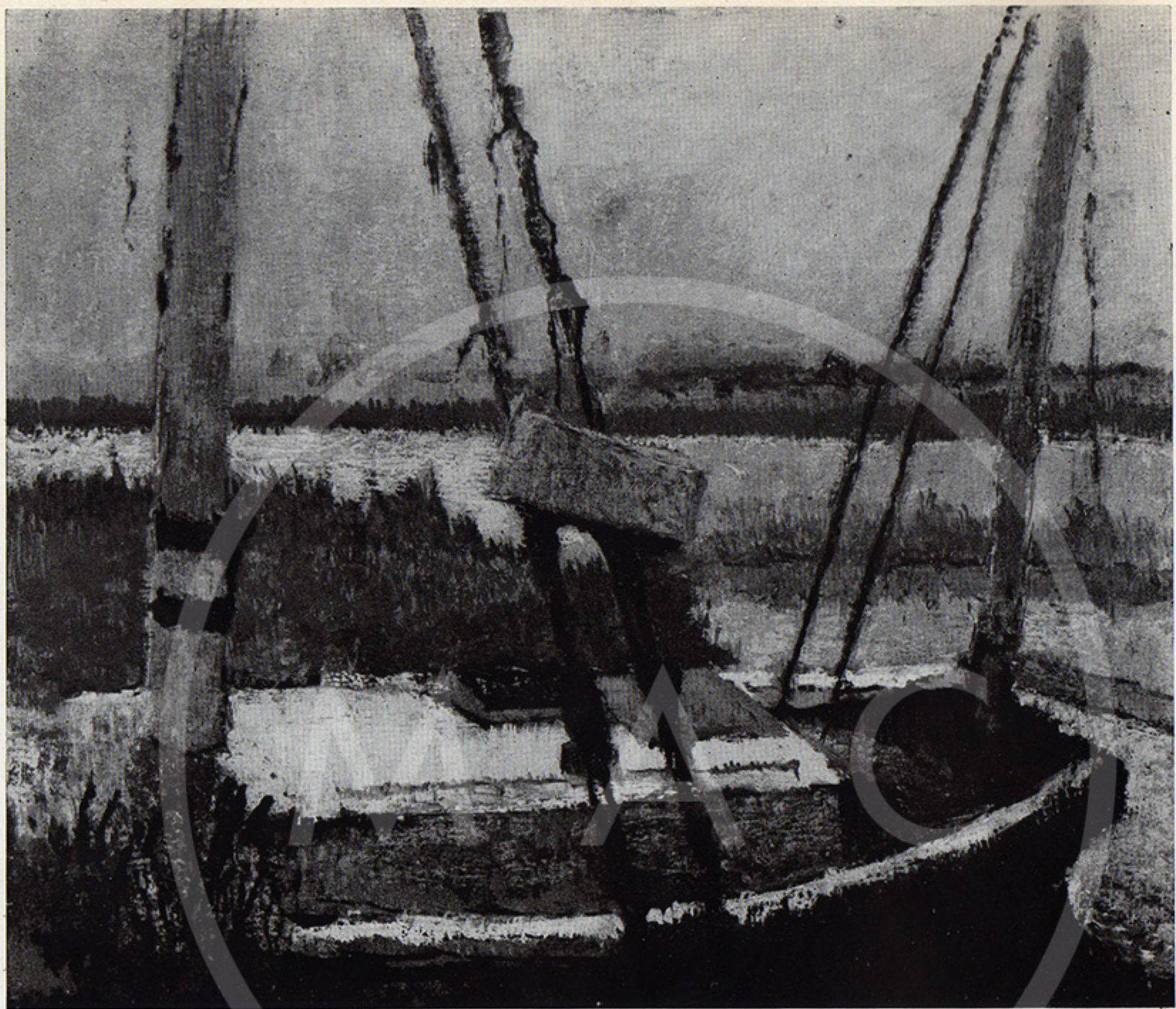
CON ROSA Y JARRA  
NATURALEZA MUERTA





LOS DOS VIEJOS





ORIÓN EN EL CANAVERAL





ENTRADA AL JARDÍN





INVIerno EN LA PLAYA DE USEDOM





JARDÍN ANTE LA VENTANA









RETRATO DE LA PINTORA V. K.







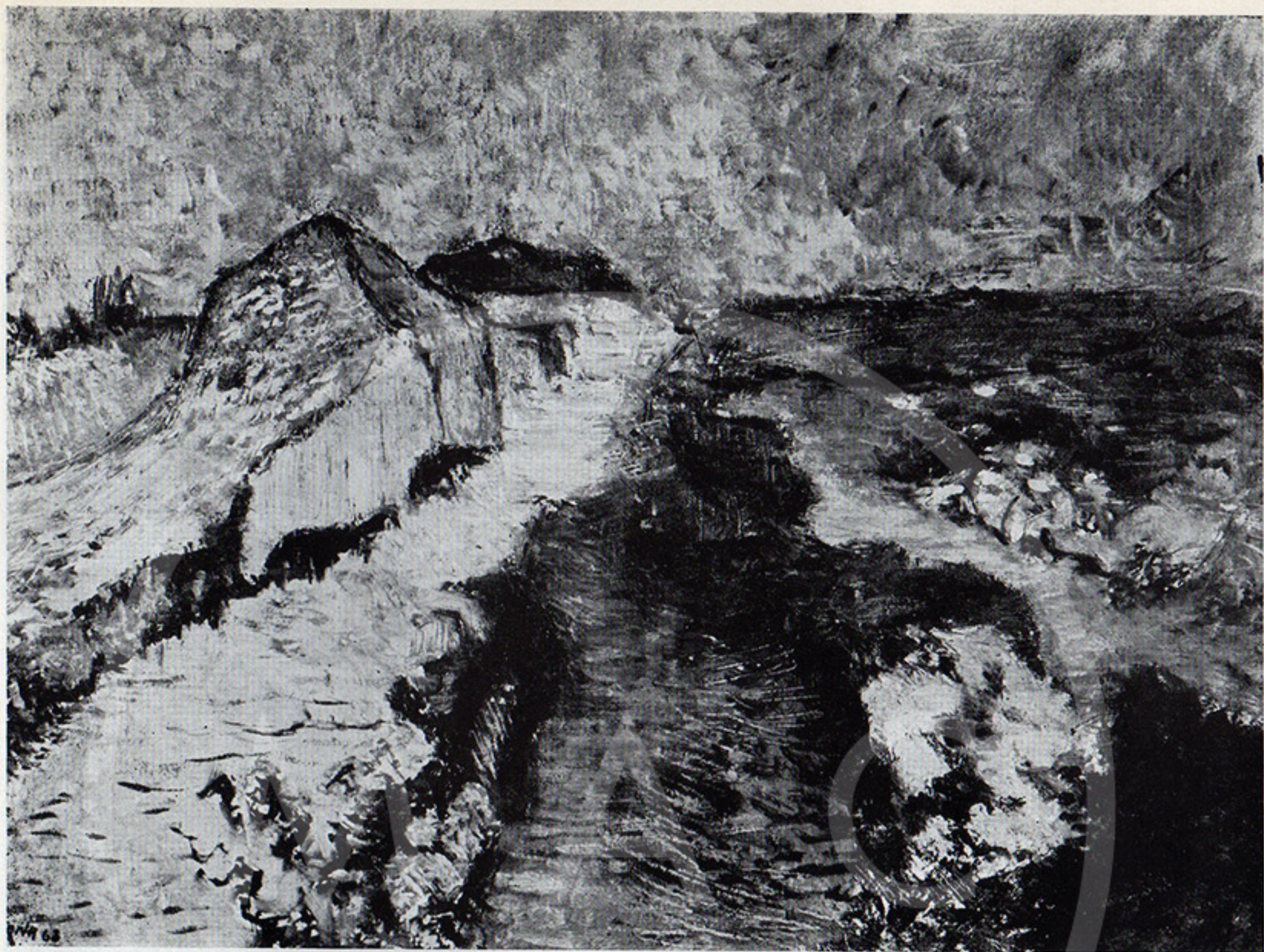


AUTORRETRATO CON LA GORRA ROJA  
DESNUDO









EN EL JARDÍN  
RETRATO DE GABI





PLAYA EN INVIERNO



- 1 Retrato de la Sra. F. (1918)  
Óleo sobre cartulina 49 x 46 cm
- 2 Camnio de pescadores (1931)  
Óleo sobre lienzo 46 x 61 cm
- 3 Dolor (1945)  
Óleo sobre lienzo 46 x 60 cm
- 4 Retrato de mi hermana (1952)  
Óleo sobre lienzo 73 x 60 cm
- 5 Pedregal (1956/63)  
Óleo sobre lienzo 65 x 80 cm
- 6 Ribera del Bodde (1956/64)  
Óleo sobre lienzo 70 x 88 cm
- 7 Naturaleza muerta con rosa y jarra (1957)  
Óleo sobre fibra endurecida 60 x 29 cm
- 8 Mi mujer limpiando legumbres (1957)  
Óleo sobre lienzo 50 x 70 cm
- 9 Playa con gaviotas (1957)  
Óleo sobre fibra endurecida 80 x 60 cm
- 10 Los dos viejos (1958/59)  
Óleo sobre fibra endurecida 70 x 90 cm
- 11 Elena Weigel (1959)  
Óleo sobre lienzo 56 x 42 cm
- 12 En el Océano Indico (1960)  
Óleo sobre lienzo 40 x 50 cm
- 13 La ola (1960)  
Óleo sobre lienzo 39 x 49 cm
- 14 Desnudo en el jardín (1961)  
Óleo sobre cartulina 45 x 40 cm
- 15 Espuela de caballero (1962)  
Óleo sobre cartón 41 x 33 cm
- 16 Desnudo ante la estufa (1963)  
Óleo sobre cartulina 48 x 36 cm
- 17 Hielo en el Báltico (1963)  
Óleo sobre fibra endurecida 70 x 90 cm
- 18 "Orión" en el cañaveral (1963)  
Óleo sobre lienzo 34 x 41 cm
- 19 Entrada al jardín (1964)  
Óleo sobre lienzo 67 x 31 cm
- 20 Invierno en la playa de Usedom (1964)  
Óleo sobre fibra eidurecida 50 x 70 cm
- 21 Flores (1964)  
Óleo sobre lienzo 64 x 50 cm
- 22 Malecón (1964) Óleo 70 x 96 cm
- 23 Jutta (1964)  
Óleo sobre lienzo 40 x 30 cm
- 24 Singular naturaleza muerta (1964)  
Óleo sobre lienzo 50 x 60 cm
- 25 Jardín ante la ventana (1964)  
Óleo sobre lienzo 50 x 61 cm
- 26 Rosas (1965)  
Óleo sobre fibra endurecida 40 x 52 cm
- 27 Exterior en invierno (1966)  
Óleo sobre fibra endurecida 36 x.48 cm
- 28 Dr. Weickmann (1966)  
Óleo sobre lienzo 55 x 41 cm
- 29 Malecón en invierno (1966)  
Óleo sobre fibra endurecida 27 x 57 cm
- 30 Muchacha con falda azul (1966)  
Óleo sobre fibra endurecida 60 x 33 cm
- 31 Gaviotas en la tempestad (1966)  
Óleo sobre lienzo 40 x 50 cm
- 32 Retrato de la pintora V. K. (1966)  
Óleo sobre fibra endurecida 60 x 51 cm
- 33 Autorretrato con la gorra roja (1966)  
Óleo sobre lienzo 60 x 50 cm
- 34 Desnudo (1967)  
Óleo sobre fibra endurecida 60 x 30 cm
- 35 Retrato de Baerbel (1967)  
Óleo sobre lienzo 52 x 46 cm
- 36 En el jardín (1967)  
Óleo sobre fibra endurecida 70 x 90 cm
- 37 Renate St. (1967)  
Óleo sobre fibra endurecida 56 x 42 cm
- 38 Retrato de Gabi (1967)  
Óleo sobre cartulina 40 x 30 cm
- 39 Retrato de Lissy (1967/68)  
Óleo sobre lienzo 38 x 33 cm
- 40 Retrato de Petra (1968)  
Óleo sobre cartulina 48 x 38 cm
- 41 Playa en invierno (1968)  
Óleo sobre fibra endurecida 50 x 70 cm
- 42 Retrato de mujer vestida de rojo (1968)  
Óleo sobre fibra endurecida 80 x 60 cm



Zentrale Ausstellungsgruppe  
der Deutschen Demokratischen Republik  
Redaktion und Ausstellung: Hans Baltschun  
Einführung: Rudolf Meyer  
Layout: Kurt Ströde  
Satz und Druck: Buchdruckerei Putbus KG, Putbus auf Rügen  
II-3-4 Ag 119-202-68







